

Jon Idigoras

Edición a cargo de Fermín Munárriz

El hijo de Juanita Gerrikabeitia

de lo lindo. De aquel armisticio nació una amistad entrañable que duraría toda la vida. La pérdida de Carlos me dejó abatido y lloré durante largo tiempo al contemplar por última vez a aquel pelirrojo pecoso al que la muerte había hecho desaparecer su aire bravucón. ¡Cuántas veces habíamos recorrido juntos los casi tres kilómetros que había desde la escuela al caserío de San Bartolomé! ¡Cuántas veces nos habíamos bañado en el riachuelo que estaba junto al caserío! Allí, tumbados bajo los manzanos, solíamos leer aquellos tebeos de ideología fascista como *El guerrero del antifaz* o las aventuras de *Roberto Alcázar y Pedrín*, de los que Carlos tenía la colección completa. Con él se fue mi primer amigo, compañero y cómplice de ingenuas e infantiles fechorías. Con él se fue mi primera gran lealtad.

Volviendo a mi relato escolar, a raíz de nuestras peleas nos habíamos creado una cierta fama de camorristas entre nuestros compañeros de clase, lo cual conllevaba un cierto respeto y hasta una aureola de perdonavidas que aprovechábamos en beneficio propio para aceptar regalos de manzanas, nísperos o uvas, según la época, a cambio de nuestra protección. Al cabo de los años, cada vez que pienso en aquellos momentos, no puedo reprimir una sonrisa.

El franquismo en la escuela

Fueron duros años aquellos de la posguerra: hambre, miedo, persecuciones y represalias, racionamiento, silencios, grandes silencios...

Los fachas del pueblo campaban a sus anchas y eran dueños absolutos de vidas y haciendas. Se paseaban pistola al cinto de manera chulesca y provocadora. Nos hacían contestar al grito de «¡Viva España!» con otro «¡Viva!». Con repugnancia y dolor, debíamos levantar el brazo haciendo el saludo fascista bajo amenaza, en caso de no hacerlo, de ser denunciados por «rojos separatistas» y sufrir junto con la familia las duras consecuencias de la rebelión. Las cárceles estaban a rebosar, los cuartelillos de la Guardia Civil no daban abasto con el constante trasiego de sospechosos de no ser adictos al Régimen. Una brutal paliza en el caso de los hombres, el corte de pelo al cero y aceite de ricino en el de las mujeres, y la consiguiente retirada inmediata de los cupones de racionamiento en todos los casos, eran los castigos más habituales con los que aterrorizaban a la población.

Recuerdo una anécdota imborrable en mi memoria a pesar

del tiempo transcurrido, que ha hecho de mi maestro don Marcelo un personaje inolvidable. Era por mayo, cuando se cantaba aquello de «... con flores a María, que madre nuestra es...». Apareció en la escuela un personaje al que odiábamos especialmente: el jefe local del Movimiento. No deseo poner su nombre ni apellidos para no dañar la sensibilidad de sus descendientes, inocentes de aquella situación. El personaje era pequeño de estatura, vestía uniforme de la Falange, trinchas y un enorme pistolón. Aquel día se plantó ante la puerta del aula y, a voz en grito, lanzó los consabidos «¡Viva Franco!» y «¡Arriba España!», que eran la versión española del «¡Heil Hitler!» nazi. Nadie contestó al saludo; ni siquiera el maestro.

A continuación, nuestro personaje, ajustándose el correa y haciendo ostentación de su «enciclopedia» del calibre 9 largo, se dirigió al maestro con voz lo suficientemente fuerte para que fuera oída por todos y no quedase la menor duda de quién mandaba allí: «Don Marcelo –le dijo–, quiero que el próximo domingo sus chicos bajen a misa mayor desfilando con los flechas y pelayos, así que pase usted por Falange para facilitarle los uniformes y todo el material necesario» (fusiles de madera, tambores, banderas de la Falange..., es decir, toda la parafernalia fascista). Se hizo un terrible silencio en la escuela. Se podía oír la respiración de cada uno de nosotros y ver la cara de susto que teníamos todos, mientras el jefe del Movimiento esperaba desafiante la respuesta. Al cabo de unos segundos que parecieron una eternidad, don Marcelo, con el rostro lívido, se dirigió pausadamente al pistolero, que todavía se mantenía altanero, y después de carraspear varias veces, le contestó: «Mire, haga usted lo que quiera, pero mis chicos no van disfrazados a ningún sitio. ¿Se entera? Pues no se hable más del asunto».

Si en aquel momento no hubiéramos estado tan asustados, don Marcelo habría recibido, sin duda, la mayor ovación de su vida. Siempre he tenido este gesto de don Marcelo como una hermosa lección de insumisión y rebeldía. Esto ocurrió en 1942. ¡Figúrense qué situación! ¡¿Quién se atrevía entonces a desafiar al Régimen?! La pena de muerte estaba a la orden del día, los batallones de trabajadores y las cárceles estaban a rebosar y las palizas en los cuartelillos eran algo cotidiano.

Pero volvamos a don Marcelo, paralizado en medio de un silencio sepulcral. Furioso por la contestación recibida, el jefe del Movimiento reaccionó violentamente y a gritos le espetó: «¡Le aseguro que esto no va a quedar así y le prevengo de lo que pueda ocurrir, así que aténgase a las consecuencias!». Y sucedió

que nosotros no fuimos disfrazados al desfile dominical, pero al parecer don Marcelo fue llamado a capítulo y desapareció durante unos cuantos meses. Fue sustituido por una maestra, cuñada suya, a la que denominábamos La Torero por su figura estrecha y su forma de vestir. La explicación, poco creíble, que se nos dio sobre la misteriosa desaparición del maestro fue que estaba con pulmonía en su caserío de Abadiño. Al cabo de unos meses reapareció, macilento y descolorido, pero con más mala leche. Para demostrarnos que no había perdido facultades, nos zurró a los más revoltosos, pues decía que La Torero nos había acostumbrado mal.

No puedo pasar por alto algo de trascendente importancia que, sin duda, marcó para siempre la vida de varias generaciones de niños euskaldunes y que puso en peligro de muerte a la cultura y a la lengua de Euskal Herria. A quienes hoy se autotitulan «demócratas», a quienes reparten títulos de tolerancia, a quienes nos hablan de discriminación del castellano quiero dedicarles las barbaridades y las humillaciones que tuvimos que pasar en nuestro propio pueblo por hablar la única lengua que conocíamos, el euskara, nuestra lengua materna, nuestra lengua nacional. El odio visceral del franquismo hacia la cultura y la lengua vascas, como elementos diferenciadores y prueba evidente de una realidad nacional, no era sino la más clara manifestación del deseo de hacer desaparecer para siempre, de borrar de la faz de la tierra, la nación más antigua de Europa, Euskal Herria. El criminal franquismo y sus colaboradores, entre ellos la Iglesia oficial, el Vaticano, y las jerarquías eclesiásticas, vieron en los niños y las niñas de las escuelas públicas y de las escuelas rurales uno de los instrumentos más útiles para perpetuar la «unidad indisoluble de España» y la destrucción de los pueblos bajo el Estado español.

Los niños de la escuela de Etxano éramos euskaldunes. Algunos, procedentes de los caseríos aledaños a Zornotza, hablábamos tanto en euskara como en castellano; otros, la mayoría, procedían de los más recónditos caseríos de Etxano y sólo conocían y hablaban el euskara, lo que les hacía tremendamente difícil articular algunas palabras en erdara. Además, tenían que recorrer diariamente más de cinco kilómetros para asistir a la escuela y, naturalmente, otros tantos para volver, ya fuera invierno o verano, con frío o calor, nieve o lluvia. Comían en la escuela lo que podían traer de casa, que en aquellos tiempos era bien poco para las eternas y nunca satisfechas ganas de comer que tenían con aquella edad. Un trozo de tocino, un talo, un par de manzanas y

poco más era lo que traían en el zurrón. Estos niños, entre los que me incluyo, y tantos otros miles de todas las escuelas de Euskal Herria, estábamos condenados además a tener que hablar una lengua que desconocíamos y a renunciar a hablar en la nuestra propia. Para ello, empleaban con nosotros diferentes sistemas a la vez. El primero de ellos era el castigo directo a quien hablaba en euskara: de rodillas mirando a la pared y golpes con una regla de madera. Otro método era la humillación pública llamándonos «analfabeto», «animal», «burro» y otras lindezas por no saber castellano. También estaba el famoso anillo de castigo. Para quitárselo de encima había que delatar a otro compañero de clase por haber hablado en la lengua prohibida, con lo cual se veía convertido además en cómplice subjetivo del sistema. También se empleaba el castigo extensible a la familia, que era el que más efecto tenía entre nosotros. Era el castigo a nuestros padres, la denuncia ante la Guardia Civil y la retirada inmediata de los miserables cupones de racionamiento, única forma de malvivir y de compartir el hambre de muchísimas familias. Imagínense, pues, las pequeñas tragedias que suponía para los niños expresarse en una lengua desconocida como el español.

Recuerdo una anécdota que ilustra perfectamente todo cuanto acabo de relatar. Mi compañero se llamaba Justo y era de un caserío lejano, de Arazosas. Había llegado tarde a la escuela y el maestro le preguntó dónde había estado para imponerle un castigo. De ahí la explicación que el bueno de Justo dio al maestro: «Señor maestro, txoria visto, piedra tirar a pasar, saltoka, saltoka, sasiarte metido topetan, topetan, denbora pasar eta eskolara tarde allegar». Este tipo de casos podrían pasar para muchos como una situación chusca o algo gracioso si no encerrara todo el dramatismo y la humillación a la que siempre han sometido al euskara.

¡Que nos vengan a hablar de bilingüismo todos estos miserables y demagogos políticos españoles...!

La cartilla de racionamiento

Vivíamos malos años. Al miedo y a la persecución había que añadir otro jinete del Apocalipsis: el hambre. Eran años en los que verdaderamente se pasaba necesidad, sobre todo entre las familias que vivían «en la calle», en los centros urbanos, pues en los caseríos, poco o mucho, siempre había algo que llevarse a la boca: un trozo de tocino, un talo, unas alubias, unas patatas... Siempre había algo escondido y a resguardo de la avidez

de los de Abastos para poder sobrevivir. Los de «la calle», naturalmente los que no estaban en la lista privilegiada de adictos al Régimen o de «la situación», como también se llamaba, tenían que acudir a los centros de Auxilio Social, donde se les proveía de un plato de sopa más limpia que el agua bendita. No era extraño que en la escuela nuestros compañeros del pueblo nos contemplaran maravillados cuando nos veían morder una manzana y esperaban el momento de recoger el *muskil*. No se alarmen, pues no nos faltaba la solidaridad y siempre cogíamos algo de casa para llevar a la escuela y compartir.

La cartilla de racionamiento fue uno de los inventos del franquismo para engañar al estómago y, en muchos casos, para hacer agradecidos al sistema y utilizarla como chantaje y amenaza. Consistía en unos cupones que mensualmente se repartían a cada familia, teniendo en cuenta tanto el número de miembros como sus posibilidades, y sobre todo, su ficha política, una ficha avalada siempre por la *Santísima Trinidad*: el párroco, el comandante de la Guardia Civil y el jefe local del Movimiento. ¡Jódete, Manolito! ¡En manos de qué angelitos estábamos! Cada cupón valía por 100 gramos de arroz, de garbanzos, de alubias, un kilo de patatas, un cuarto de litro de aceite de soja, media pastilla de un jabón que te arrancaba la piel y poco más. A veces tenía que durar hasta quince días. Otras, hasta un mes por falta de abastecimiento.

El responsable de este sistema de alimentación era el ilustrísimo señor gobernador civil, don Genaro Riestra, más conocido popularmente como Cien gramitos por su peculiar... generosidad.

El tabaco también entraba en los cupones y consistía en un paquete cuadrado de picadura capacha que contenía más estacas que hojas, pero era muy apreciado por los fumadores. ¡Que se lo preguntaran a mi tío Martín!

Obviamente, los vencedores de la guerra, sobre todo los que formaban la columna vertebral del franquismo, sus familias y allegados, no estaban sujetos a este estricto modo de vida.

En cuanto a los de Abastos, su denominación original era Comisaría de Abastecimiento y Transportes. Su actividad consistía, en primer lugar, en hacer un censo de caseríos midiendo su extensión, las parcelas cultivables y una estimación de sus posibilidades de producción agrícola: trigo, maíz, patatas, alubias, aves, producción de leche, número de cerdos sacrificados, etc. A

continuación establecían una tasa de cada producto, que cada caserío debía entregar a esta comisaría para, en teoría, repartirla luego entre las familias más necesitadas. Sin embargo, su destino era bien distinto: seguir engordando el cogote de las autoridades y de sus incondicionales. Naturalmente se incluían, cómo no, las autoridades eclesiásticas, cada día más rollizas, cuyas papadas desmentían el hambre que sus feligreses sí pasábamos.

Los de Abastos se las prometían muy felices haciendo las cuentas de la lechera sobre los pingües beneficios que iban a sacar con los productos confiscados a los baserritarras y cobrados a través de consumados estraperlistas en el mercado negro. Si bien es verdad que, al principio, algunos pecaron de inocentes, la experiencia y la picardía sin límites de los baserritarras dejaban con un palmo de narices a los recaudadores. La mayor parte de patata, maíz y trigo recolectada se solía esconder en lugares recónditos del caserío, mientras en los arcones se dejaba una pequeña cantidad, de la que «generosamente» se entregaba un porcentaje. El cerdo y su matanza eran palabras mayores. Si bien la crianza del animal podía pasar desapercibida escondiendo el *txeritoki* detrás de los montones de helecho, la matanza y posterior manipulación eran más difíciles de ocultar. Con la finalidad de hacerlas más desapercibidas, se llevaba el cerdo en el carro a algún lugar apartado del monte y allí se mataba y se descuartizaba. Luego, las piezas se metían en sal gruesa en cajas y se escondían. Tampoco faltaban aquí los disgustos y chivatazos. Alguna vez alguien caía por el soplo de algún adicto al Régimen, pero por lo general poco les aprovechaba a los fachas la matanza del caserío.

El molino de Katarro

Uno de los elementos importantes en la vida rural del caserío era el molino. Por él tenía que pasar necesariamente la mayor parte de cereales que se cosechaban para transformarlos en harina, principal ingrediente de la dieta básica alimenticia. En esta época que describo, el molino cobraba aún mayor importancia, puesto que hacía las funciones, además, de pequeño centro de conspiración. Por la noche se llevaba el grano que se había escondido de la rapiña de los de Abastos. De esta forma, todos salíamos ganando; sobre todo el molinero, que cobraba por su silencio y su colaboración una parte sustanciosa de la harina. Luego vendía la mercancía a algún estraperlista.

El río de Etxano, apenas un riachuelo de poco más de tres kilómetros que nacía a los pies de San Martín y desembocaba en el río Ibaizabal por el barrio de Nafarroa, alimentaba en aquella época cinco molinos: el de Juan León, el de Pedro *Vinagre*, el de Txolon, el de Katarro y el de Eriz. Todos ellos tenían trabajo, sobre todo, por las noches, en las que, por aquel entonces, se camuflaba casi todo.

El molino de Katarro era una gran caserón de dos alas. En una de ellas estaba ubicado el molino. En la otra vivía el matrimonio formado por un pelotari de cesta natural de Markina, y su esposa, conocida popularmente como La Balpardosa por apellidarse Balparda. La Katarresa era la regenta del molino, en el que también se servían algunas bebidas. Era una mujer avariciosa y de mirada torcida, con fama de hacer trampas en el peso del trigo y el maíz. Decían que las pesas de La Katarresa estaban «arregladas» y que el kilo de trigo se convertía en 750 gramos, con lo cual un *zorro* de 100 kilos, para la molinera pesaba 75. Esta mujer especulaba con todo en el mercado negro. Tenía un montón de gallinas y conservaba los huevos en bidones con cal. De esta manera regulaba el mercado a su antojo. Yo creo que es donde se ha inspirado Wall Street... Incluso la Guardia Civil hacía la vista gorda a las actividades de esta molinera. Claro está que la pareja de guardias pasaba regularmente por el molino para hacer acopio de alimentos, lo cual garantizaba la continuidad del negocio.

No le teníamos mucha estima. Todo lo contrario. A raíz de que contó a mi padre que yo le había robado manzanas y cobré por ello una buena paliza, se convirtió para mí en el blanco predilecto de mis pequeñas fechorías. Ahora le robaba manzanas, mañana le esquilmba los perales y pasado le liquidaba una gallina de una pedrada. No sabía La Katarresa con quién se jugaba los cuartos, pero la mujer tenía muchos recursos y su venganza no se hizo esperar. Un día que me mandaron al molino a traer un *zorro* pequeño de harina, La Katarresa me invitó a un vasito de mistela, algo que no podía rechazar porque me gustaba mucho. Así que, con este vasito y otro que, dada la generosidad de la molinera no podía despreciar, me agarré una chispa por la que me tuvieron que llevar a casa con el consiguiente escándalo y el cabreo de Joxe Domin, mi padre, que esta vez, sospechando algo raro, no me «estiró la piel».

A pesar de todo, La Katarresa no se mereció el trágico final que tuvo. Tres años después moría asesinada de manera espantosa en el propio molino, víctima de alguna venganza feroz.



Caserío Drunbillegane.



El día de mi Primera
Comunión.